

Vincent van Gogh

Sandra Chaparro Martínez

Traductora y Doctora en Historia Moderna

Recibido: 12 marzo 2013
Aceptado: 28 marzo 2013

RESUMEN: La reciente publicación de una novedosa biografía de Vincent van Gogh ha puesto en entredicho muchas interpretaciones sobre su vida y su muerte que dábamos por sentadas. Los autores utilizan las cartas del artista holandés para ofrecernos el fascinante retrato de un hombre al que, en contra de las interpretaciones al uso, describen como profundamente sensible, honesto y preocupado por mostrar al mundo el consuelo que puede ofrecer una imagen capaz de captar la alegría de vivir. Plantean además una nueva teoría sobre su muerte basándose en el testimonio de las personas que estuvieron con él en sus últimos días. En las páginas que siguen se invita al lector a emprender un ameno recorrido por las cartas y los cuadros de Vincent: su legado para la humanidad.

PALABRAS CLAVE: Van Gogh, pintura, legado.

Vincent van Gogh

ABSTRACT: In a recently published biography of Vincent van Gogh, the authors question many interpretations concerning the painter's life and death we have been taken for granted up to now. In this original book, the biographers resort to the private letters of the Dutch artist to offer the enthralling portrait of a man whom they describe, against the common view, as a very sensible and honest human being whose goal was to show the world the comfort an image, capable of stirring up the joy of life, can provide. Besides, they suggest a new theory about his death, supported by the testimony of those who were with him in his last days. The following pages are an invitation to undertake a pleasant journey through Vincent's letters and pictures: his legacy for humankind.

KEYWORDS: Van Gogh, pictures, legacy.

La reciente publicación de una nueva biografía del pintor Vincent van Gogh ha reabierto los debates sobre su vida, sus obras y su muer-

te¹. El volumen del libro desalien-

¹ S. NAIFEH - G. WHITE SMITH, *Van Gogh: la vida*, Taurus, Madrid 2012.

ta al lector potencial y el índice probablemente le desoriente, pues da la impresión de que se trata de una biografía al uso, estructurada cronológicamente y centrada en la locura de un artista difícil e incomprendido. Sin embargo, quien emprenda su lectura se sorprenderá al hallar un texto tan intrigante e intenso como las obras de su protagonista. Es un libro de lectura fácil, a medio camino entre el ensayo y la novela, basado en la correspondencia del pintor. Las muchas cartas que Vincent escribiera a lo largo de su vida han sido traducidas al inglés recientemente por el Museo Van Gogh². Los autores hacen buen uso de esta rica fuente, pero, al contrario que otros biógrafos, no consideran que el epistolario de Vincent sea siempre un registro veraz de sus ideas o de los sucesos que marcaron su vida. En su opinión, estos diálogos entablados con su familia o amigos tienen la virtud y la frescura de una conversación que se desarrolla a lo largo de los años, pero adolecen de las distorsiones propias de esta forma de comunicación. De ahí que los autores hayan decidido no

aceptar sin más las afirmaciones de Vincent y presenten, por ejemplo, una novedosa teoría sobre los incidentes que causaron su muerte basándose en los testimonios y declaraciones de personas que presenciaron sus últimos días.

Con ayuda de las cartas de Vincent los autores recrean dos mundos: el de su vida y el de los cuadros que nos legó, de cuyo proceso de creación y significado habla a menudo en su correspondencia. Su vida y su obra están tan inextricablemente unidas que no cabe entender la una sin hacer referencia a la otra. Como él mismo afirmara en una carta enviada a su hermano Theo: «Yo soy mi obra». Sus cuadros reflejan los avatares de una vida que sólo adquieren sentido a la luz de su única meta: captar la vida que late bajo la superficie de las cosas y transmitir la sensación de consuelo, plenitud y pertenencia que emana de la creación. Decía no haberse sentido nunca más vivo que cuando pintaba y sentía la fuerza de la línea y el color dentro de sí. Entonces le invadía una gran energía y experimentaba una intensa amplitud de horizontes. Si pintaba vorazmente era para transmitir la admiración que le embargaba al contemplar la naturaleza: algo inefable, religioso, místico.

De las páginas del libro emerge el fantasma de un ser humano sensi-

² Se pueden consultar en www.van-goghletters.org. También se ofrecen *online* bibliografías por capítulos con información adicional sobre fuentes complementarias, material de archivo, tesis doctorales, artículos de prensa y páginas web en www.vangogh.biography.com

ble, cuyos intereses poco o nada tienen que ver con las esperanzas depositadas en él por su familia. Emprende la búsqueda de la esencia de la vida con una lucidez y una tenacidad dignas de mención. La mayor parte de su epistolario está dirigido a su hermano menor, la persona que mejor conoció su atribulada vida. Los autores le conceden un lugar de honor en un relato sobre la vida del artista que empieza y termina con Theo van Gogh cerrando un círculo perfecto en torno a dos hermanos muy distintos pero complementarios. Si Vincent era un aventurero entusiasta con una cultura enciclopédica, un crítico socarrón con una visión del mundo fascinante, también era un hombre atormentado por pasiones titánicas, un «fanático» como diría de sí mismo, torturado y alienado del mundo, violento y escandaloso, al margen de toda convención social. Nada que ver con su hermano Theo, perspicaz, brillante y gregario, cálido y alegre, de gran inteligencia práctica. Uno se encargaba de los aspectos prácticos del mundo del arte, el otro creaba. Si en algo estaban de acuerdo ambos hermanos era en su amor por la pintura. Aunque Vincent fracasara en el mundo de los marchantes y Theo afirmara muchas veces querer dedicarse más directamente a tareas creativas sin hacerlo nunca, la vida de ambos

hermanos siempre giró en torno al explosivo mundo artístico de la Francia de finales del siglo XIX.

Probablemente debieran su amor al arte a su madre, una persona estricta, muy preocupada por las convenciones y fuertemente religiosa. El padre era un predicador melancólico, solitario y autoritario, ante el que Vincent siempre tuvo una actitud ambigua. Resentía el hecho de que ofender a su padre fuera «como ofender a Dios», pero también nos habla en sus cartas de sus desvelos a la cabecera de la cama de sus hijos cuando estaban enfermos, de los ánimos que les daba y de su amabilidad. Vincent le imitaría y despreciaría alternativamente durante toda su vida. Sus padres lograron transmitirle su inmenso amor por la naturaleza y enseñarle a apreciar en ella la huella del Creador. La madre le mostró el simbolismo de las flores que había en el jardín de la casa familiar: la fuerza renovadora de la primavera que late tras las violetas, la promesa de vida renovada de la hiedra en invierno, la luz, el calor y la vida plasmados en los rayos del sol o la promesa de un nuevo amanecer que, según ella, brindaban las estrellas. Su padre le hizo consciente de que estaba admirando la obra de Dios, enseñándole a percibir la belleza como una impronta de la vida. «Admira todo lo que pue-

das», recomendaría Vincent a su hermano, «la mayoría de la gente no admira lo suficiente.»

Dedicó su vida a alabar la belleza del mundo. Lo hizo como artista, pero también como marchante de arte y como predicador. Su fallida incursión en el mundo del comercio le hizo reflexionar sobre lo que realmente le importaba en la vida. Fue entonces cuando descubrió su vocación de ayuda a los demás, su deseo de aportar consuelo a los afligidos como él. Creyendo tener vocación religiosa quiso hacerse predicador, como su padre, sólo para descubrir tras muchas penurias que era incapaz de encontrar la sencillez que anhelaba en las palabras. Sus sermones siempre eran excesivos y se perdía en exageradas exégesis sin conseguir llegar al corazón de los fieles. Las palabras y conceptos no lograban plasmar lo único que deseaba realmente expresar: la presencia de Dios en la vida cotidiana. Pronto llegó a la conclusión de que las imágenes serían un instrumento mucho más eficaz que las palabras.

Enseñó en colegios y, como predicador, llevó la palabra de Dios a los más miserables y desfavorecidos de las zonas mineras. Vivió con ellos, predicando y cuidando a los enfermos, llevando una vida ascética durante unos años hasta que, enfermo y agotado, renunció

a los rigores que se había autoimpuesto al darse cuenta de que no hallaría a Dios ni en el ascetismo extremo, ni en los tonos ocre y grises de sus dibujos de esa época. Decidió entonces dedicarse enteramente al arte y experimentar con el color hasta lograr lo que buscaba: «Plasmar esos momentos en los que todo adquiere un aspecto diferente y un significado extraordinario». Quiso mostrar la belleza a sus congéneres transmitiéndoles la alegría que proporciona la percepción directa de la vida a través de las imágenes que salían de su pincel. Quiso realizar una obra auténtica y sincera que desvelara la corriente vital que fluye bajo la superficie de las cosas e inunda a las personas. Quiso abrir ventanas al espíritu o, en sus propias palabras: «He intentado expresar lo que creo que es una de las mejores pruebas de que existe *algo ahí arriba*». Gustaba de pintar al aire libre, ante las gentes y los objetos, no de memoria. Aplicaba el color a grandes y vigorosas pinceladas. «Busco esa pincelada en la que pones absolutamente todo tu espíritu, todo tu ser», decía a su hermano.

No era el único. Los artistas de la época estaban en pleno proceso de acoso y derribo, buscando nuevas formas de expresión en los símbolos y el color a costa del realismo. Como Van Gogh, querían hallar lo

sobrenatural en lo natural y convertir a lo concreto en algo mítico. En su opinión era urgente «invertir el desencanto del mundo» y colmar el vacío que, al parecer, no sabían colmar ni la religión establecida ni la ciencia. Vincent se uniría encantado a estos nuevos cruzados contra la cultura consumista y mundana de sus tiempos. Pero pronto advirtió su afán de notoriedad y sus esfuerzos por auto-promocionarse. Desengañado confiaría a su hermano: «Imaginé que los pintores formaban una especie de círculo o sociedad en la que reinaban el calor, la cordialidad y cierto tipo de armonía...».

Su desengaño se refería al mundo de los artistas no al arte en sí. No concebía su pintura como algo radicalmente nuevo, sino como una regeneración de un arte antiguo al que no preocupaba el realismo detallista, sino la captación de las características esenciales de las cosas y la transmisión de *sensaciones*. Intentaba describir «la terrible lucidez que me embarga cuando veo la belleza de la naturaleza. Pierdo la conciencia de mí mismo y se me aparece la imagen como en un sueño». No buscaba provecho en el arte, sino expresar y transmitir esa sensación que es capaz de liberar una imagen cuando acaba siendo «calma en medio de la tormenta, consuelo en la desesperación, ale-

gría en el pesar», pues creía que la función del arte era «crear una cultura del consuelo».

¿Cómo hacerlo? Halló la solución en un manicomio. Sus ataques de locura son bien conocidos. Pocos admiradores de Van Gogh desconocen que se cortó una oreja o que sus escasos meses de convivencia con Paul Gaughin acabaron mal. A esta tumultuosa época de su vida debemos muchos de sus girasoles, sembradores, retratos y autorretratos en los que van apareciendo signos de enfermedad, como mejillas hundidas o la mirada apagada. Su actitud inquieta y crecientemente violenta durante los años anteriores a su primera crisis mental muestra su insatisfacción y el enorme esfuerzo que dedicara a plasmar en el lienzo sus sensaciones, a fijar la evanescencia de la percepción. Su internamiento en una institución mental le libró de la ambición, las preocupaciones económicas y el miedo al futuro, dotando a su vida de cierto orden. «Cuando me obligan a someterme a una regla me siento en paz», afirmaba. Consciente de los rápidos progresos que hacía en la pintura durante sus épocas de lucidez, reflexionó sobre las razones de su gran creatividad constatando: «Ya no tenemos que vivir para las grandes ideas, hay que vivir sólo para las pequeñas y es un alivio maravilloso».

En el hospital mental de Saint-Paul-de-Mausole, en Saint-Rémy, al sur de Francia, empezó a pintar como siempre había deseado. En este valle entre montañas, en vez de dibujar amplísimos horizontes desnudos repletos de luz se centró en lo pequeño, lo cotidiano, lo que pasa inadvertido al paseante ordinario. Dibujó y pintó miles de rincones del jardín para captar un universo de vida microscópico en constante movimiento. Pintó raíces, briznas de hierba y esbeltos cipreses que se elevan, indómitos, hacia el cielo. Dibujó lirios en diversos estados de lozanía, dosificando la vida de hojas y pétalos, pintando flores pletóricas y brillantes junto a otras marchitas o incluso caducas. Probablemente los eligiera por sus pétalos violetas y azules, los colores del consuelo y la tranquilidad de ánimo, y redujo el uso del intenso amarillo que había marcado sus cuadros de la etapa anterior. «Deseo salir», decía, «y mirar una brizna de hierba, la rama de un árbol o una espiga de trigo para calmarme».

No todo era tranquilidad interior ni mucho menos. Su enfermedad le provocaba tormentas nerviosas, cascadas de descargas neuronales que le dejaban día tras día sentado en su habitación, con la cabeza entre las manos, hablando solo. Pero cuando pasaban los ataques pintaba frenéticamente, intentando

dotar a sus pinturas de vida eterna, convirtiéndolas en símbolos del ser que permea la creación. Pues como afirmara en una de sus cartas intentaba evitar que «los cuadros se marchiten como las flores».

La naturaleza de Vincent adopta extrañas formas a base de curvas serpenteantes, creando una nueva noción de la línea y la forma. Sus figuras adquieren vida propia fundiéndose con un paisaje de carne y hueso, vivo, pulsante. Su pincel se lanzaba hacia el cielo, ignorando los esbozos previos y obviando las reglas de la perspectiva. La luz, magnífica, se refracta y se curva, dispersándose en cascadas de ondas que dotan de movimiento a las figuras y de alma a los paisajes. Entre ataque y ataque, dejándose llevar al fin por sus sentimientos y su instinto, fue sumergiéndose en la quietud hasta alcanzar la serenidad que llevaba buscando toda su vida. Expectante ante la posibilidad de lograr lo que llevaba buscando tanto tiempo, escribió a su hermano que finalmente había logrado captar y transmitir «la otra cara de la vida, ésa que demuestra que existe algo diferente». Tras haber procurado, sin lograrlo, llenar el vacío que percibía en el mundo con ayuda de la religión, el nihilismo de Tolstoi y la risa cósmica de Voltaire, Vincent acabó encontrando y reproduciendo pequeños ras-

tros de divinidad en una naturaleza a la que consideraba un gran lienzo pintado por el dedo de Dios. Así como los cuadros mostraban ciertos rasgos de carácter de los autores, el gran cuadro de la naturaleza permitía *sentir* a Dios, brindando a los desconsolados atisbos de vida más allá de lo que percibimos como tal. «No debemos juzgar a Dios desde nuestro mundo que sólo es un estudio mal hecho», decía. «A esta vida nuestra, tan criticada por buenas y elevadas razones, debemos tomarla como es y mantener la esperanza de que, en otra vida, veamos algo mejor».

Apartado del mundo, Vincent descubrió cómo pintar esa esperanza y cómo transmitir su gozosa percepción a los demás, sentando los cimientos de una «cultura del consuelo». Fusionando por fin su inquietud religiosa con su inquietud artística apreció nuevos sentidos en los jardines de olivos, tan relacionados con la pasión de Cristo, que rodeaban el edificio hospitalario y en las imágenes del arcángel san Rafael de Rembrandt que su hermano le enviara a modo de regalo. Fue en estos meses cuando el escritor y crítico Albert Aurier escribió grandes alabanzas a sus obras a las que calificaba de excitantes, poderosas, profundas, complejas e intensas; realistas y sobrenaturales a la vez. Las describía como visiones oníricas, quimeras

vanas, radiantes sinfonías de color pintadas por un alma mística. Theo van Gogh le envió una carta de agradecimiento en la que afirmaba: «Ha logrado usted leer los cuadros y, al hacerlo, ha conseguido ver al hombre que hay detrás».

Pero justo cuando su vida artística empezaba a dar frutos, una bala terminó abruptamente con ella. Hasta hace poco se creía que el artista loco se había suicidado o disparado por accidente, a pesar de que escribió sobre el suicidio en términos poco halagüeños. Afirmaba que era una «cobardía moral» pero, sobre todo, «un crimen contra la belleza de la vida y el ejemplo de Cristo». Al parecer, nuevas pruebas y testimonios demuestran que un grupo de adolescentes camorristas de buena familia le seguían y gastaban bromas pesadas, proporcionándole en ocasiones alcohol y mujeres. Sabemos que siempre hubo niños y jóvenes alrededor de Vincent mientras pintaba al aire libre. Normalmente se reían de su aspecto o le gastaban bromas, algo que nunca pareció preocuparle en exceso. Poco antes de morir pidió a la policía que no buscara culpables y afirmó que había intentado suicidarse; el arma nunca apareció. Todo parece apuntar a que la pistola se disparó en manos de alguno de los chicos y que Vincent quiso protegerles. La imagen no es bíblica, pero podría

serlo: la de un hombre rodeado de adolescentes cuya inocencia quiso defender, a pesar de que le habían arrebatado lo más preciado.

En una ocasión Vincent escribió a su hermano: «Debe ser magnífico morir sabiendo que has realizado una obra auténtica, que vivirás en la memoria y serás un buen ejemplo para los que vengan detrás». Obras auténticas nos legó muchas, pequeñas ventanas a una eternidad que podemos experimentar a través de las sensaciones que suscitan sus imágenes, sus colores, sus curvas. A pesar de sus muchos defectos podemos considerar ejemplar su vida en muchos aspectos. Pensemos en su empeño en llevar consuelo a los afligidos, en su rechazo a las ventajas meramente materiales y su condena de la hipocresía. Al final de su vida, su ejemplo dotó de significado al perdón y el consuelo que brinda.

Este relato sobre la vida de Van Gogh tiene poco que ver con las descripciones al uso de su persona. Se suele hablar de un pintor loco, salvaje y apasionado, penden-ciero y con tendencias autodes-estructivas. Puede que su supuesto suicidio nunca se haya puesto en duda porque parece el colofón lógico a una personalidad violenta y

excesiva, inmersa en un desequilibrio crónico. Pero de entre sus cartas y cuadros surge una persona muy distinta, vitalista, enérgica y apasionada, aunque también delicada y compasiva. La visión tradicional pasa por alto sus años dedicados a ayudar a los más desfavorecidos, su amor por una prostituta embarazada o la enorme tristeza que supuso para él la ruptura con sus padres. Quien contemple sus autorretratos verá muchos Vincents: al Vincent marchante, al amante de la naturaleza embutido en su sombrero de paja, al Vincent pintor, al Vincent de la oreja vendada. En uno de sus últimos retratos aparece seguro, con el gesto firme pero relajado y la mirada serena. Le rodean pequeñas volutas de pinceladas blancas, símbolo la fuerza de la vida en estado puro. Desde el lienzo parece invitar a quien lo contempla a leer su arte que consideraba más sincero y revelador que las cartas. Plasmaba en su pintura tanto sus momentos de serenidad y alegría como los de abatimiento y desesperación. Cada suceso de su vida se convertía en una imagen y cada cuadro en un autorretrato. Pues el arte de Vincent brotaba de su interior. «Quiero pintar lo que siento y sentir lo que pinto», explicaba una y otra vez. Mantuvo esta convicción hasta el día de su muerte. ■